









TOROS Y TOREROS

Table with columns for 'FONDOS PUBLICOS', 'Día 18', and 'Día 20'. It lists various financial instruments like '4 por 100 interior', '4 por 100 exterior', and '5 por 100 amortizable' with their respective values.

Pocas y entre zarzas
El día del Corpus es una de las fiestas que en la mayoría de las poblaciones se conmemora con una corrida de toros ó de novillos; y en tal cantidad se celebran festejos taurinos, que casi todos los toreros tienen comprometida esta fecha.

GRANDES CARRERAS DE CABALLOS EN

SANTANDER

del domingo 6 de julio al domingo 31 de agosto con 450.000 pesetas en premios

SAN SEBASTIAN

del jueves 4 de septiembre al jueves 16 de octubre con 800.000 pesetas en premios

Regatas, concursos de lawn-tennis; campos de polo, golf; :: :: :: Grandes Casinos y otras atracciones :: :: ::

de rodillas y luego la emocionante forma de encunarse con aquel toraco, y además un quite oportunísimo en el cornudo que cerró plaza. En el segundo dió la vuelta al ruedo, y en el quinto, cuyo trabajo se deslució y fue pesado y desconfiado, con un bajonazo como agravante á última hora, si no dió la vuelta al local, la dió por los aires; total, dos vueltas, una en cada forma, para darle variedad.

oficio, ó cuando menos los rudimentos de un oficio, emprenderían en mejores condiciones la lucha por la vida.

La verbena de San Juan
Se puso á discusión una proposición del señor Serrán proponiendo que la verbena de San Juan y las demás del distrito del Congreso se celebren en lo sucesivo en el Paseo de Atocha, desde el ministerio de Fomento hasta el Paseo de María Cristina.

Una buena idea
El concejal Sr. García Cernuda dirigió al alcalde un ruego de verdadero interés y de oportunidad notoria.

Otros ruegos
Otros ruegos fueron formulados por distintos concejales, y se levantó la sesión á las dos de la tarde.

Una denuncia grave
El Sr. Silva denuncia que los sacos de carbón que expenden en la Fábrica del Gas, á pesar de ir precintados, llevan una merma de ocho ó más kilos, según pudo comprobar en su propio domicilio; por cuya razón llevó un saco á la Tenencia de Alcaldía del Hospicio, en donde quedó comprobada la denuncia, y además se probó que había otros cuatro ó seis sacos faltos de peso, y pide que el asunto pase al Juzgado de guardia.

Empleados que no cumplen :: :: ::
El Sr. Silva, después de manifestar que la entrada en el Cuerpo de empleados municipales por medio de oposición no es el mejor procedimiento por los resultados que dan, denunció que un jefe de negociado faltaba repetidamente á la oficina, por lo que pedía que se le aplicase el reglamento.

está bien calculada; el dogo no reventará hasta la noche del 14 al 15.
—¡Demonio, la operación está combinada por mano maestra!—exclamó Gobert. —Dentro de diez minutos el señor «Plutón» será servido.

—¡Has encontrado manera de domesticarlo un poco? ¿Se familiariza contigo?
—¡Conmigo, no; pero sí con la golosina que le doy.
—¡Luego come sin desconfianza ninguna?
—Con el mayor gusto. Cuando me ve llegar gruñe; le tiro una salchicha, la atrapa al vuelo, se la traga como si fuese una píldora, se relame y vuelve á gruñir, con lo que me da una prueba inequívoca de su ingratitud. ¡Ya me he gastado con él un dinerón!

—Serás indemnizado.
—Es que ya no tengo un céntimo.
—Toma estos veinte francos á cuenta de mayor cantidad.
—¿He de comprar más salchicha?
—Es inútil. La de esta noche será la última, y esa me encargo yo de ella.
—Comprendido.
El de la blusa sacó del bolsillo una bola de carne cuidadosamente envuelta.

—¡Castigo justo á su ingratitud!—repuso Gobert extendiendo su mano hacia la bolita envenenada.—Pero esto, ¿no ofrecerá inconveniente para la continuación de la cosa?
—Ninguno.
—Generalmente, cuando un perro sano muere repentinamente da que sospechar, y se redoblan las precauciones y la vigilancia.
—En regla general sí, tienes razón, hijo mío—replicó el de la blusa—pero «Plutón» no morirá repentinamente. La preparación

esta era la finalidad de la proposición presentada por mí y aprobada por el Ayuntamiento. Falta ahora que éste acuerde en qué forma ha de llevarse á la práctica.

El concejal que suscribe propone:
1.º Que se instalen dos talleres en dos escuelas municipales que posean locales adecuados, dedicando á esa instalación la cantidad de 7.400 pesetas y 1.000 pesetas á la reposición del material.

De este modo, el crédito de 12.000 pesetas tendrá una aplicación práctica y útil. Sería conveniente, después de escoger los cuatro oficios objeto de esta enseñanza, que se abriera una matrícula, fijando las condiciones de ingreso.

El concejal que suscribe cree que los oficios que mejor se prestan al ensayo, por escasear los obreros que á ellos se dedican, y ser más elevados los jornales, son los de tallista en maderas, tapicero, relojero y fontanero.

El concejal que suscribe ruega al excelentísimo Ayuntamiento active el estudio de esta primera organización, pues sería lamentable que, existiendo en el presupuesto el crédito necesario, no se aplicase á los fines que lo motivaron.

Casas Consistoriales de Madrid, á 20 de junio de 1919.—Alvaro Calzado.
BANDA MUNICIPAL
Concierto en el Retiro
Programa del que celebrará el próximo domingo, á las once y media de la mañana:

- 1.º «Danzas húngaras». a) Allegro. b) Vívace, Brahms.
2.º «Los Girondinos», obertura sinfónica, Litolff.
3.º «Sigfredo», selección del acto primero, Wagner.
4.º Polca de concierto, Brull.
5.º Fantasia de «El asombro de Damas», Luna.

Sardinas sin espina Cruz Roja
De la Casa Brieu y C.º Probadas. Inmejorables

BOLSA DE BARCELONA. — Interior, 78,10.—Amortizable 5 por 100, 97,30.—Exterior, 88,40.—Nortes, 334,50.—Alicantes, 350.—Andaluces, 344,50.—Francos, 76,60.—Libras, 22,90.
BOLSA DE BILBAO. — Altos Hornos, 195.—Felgueras, 133.—Explosivos, 338.—Resineras, 797.—Naviera Sota y Aznar, 3.730.—Naviera Nervión, 3.198.—Naviera Unión, 1.370.—Naviera Vascoagada, 1.350.—Papelera, 155.—Banco de Bilbao, 3.765.—Mundaca, 545.

Folleton de «La Correspondencia de España».
XAVIER DE MONTEPIN

EL SECRETO DEL TITAN

PROHIBIDA LA REPRODUCCION
II

En el momento que Gobert, arrastrando su pierna, se apartaba del grupo de trabajadores, el hombre de la blusa gris y la corbata roja había regresado á la cantina y tomado asiento en el interior de la misma.
—Un gabinete particular—dijo al ver entrar á Gobert, y dirigiendo su voz al dueño de la cantina.—Un litro de á quinque y dos vasos—añadió.
—En seguida, caballero—contestó el de la tienda, cogiendo una botella de debajo del mostrador y abriendo la puerta de una habitación muy exigua, separada de la sala baja.

En medio de esta pieza habla una mesa. El hombre de la blusa se sentó, y Gobert hizo otro tanto, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta.
—¡Salud, compadre!
—¿Cómo estamos?—dijo Gobert llenando ambos vasos hasta el mismo borde.
—Regular, como ves—contestó el de la blusa gris riéndose.—Pero ¿sabes, mi querido Gobert, que te desconozco completamente?
—¿Y por qué?
—¿Cómo es que tú, cuya flexibilidad y destreza es comparable con la de un gato, mides el empedrado y das lugar á que los babiecas se rían en tus barbas.

—Pero tú también has tomado en serio mi caída? Vamos, ya veo que mi astucia ha conseguido un verdadero éxito. He fingido esa caída por venir á verte sin dar mucho que hablar. Esto es todo lo que me ha ocurrido al oír tu llamamiento. En ese dichoso almacén me llaman todos el «bebe sin sed». Y el capataz sé que me tiene ganas. ¡Si pudiera amarrarme para que no pusiera los pies en este sitio!
—¿Un capataz?—preguntó el de la blusa.—¿Uno á quien llaman Pedro, de unos cincuenta y cinco años, con cabellos del todo blancos, no es esto?
—Ese es.

—El mismo. Pero esto no es ahora del caso. Vas á sufrir un interrogatorio. Piensa la manera de contestarme con un poco más de verdad que si tuvieras el honor de hacerlo al señor juez de instrucción en persona.
—Estoy dispuesto, y no saldrá de mis

labios el más pequeño embuste. Pero, ante todo, dime una cosa.
—¿Cuál?
—¿Se puede saber por qué has querido que me embuta en esa maldita barraca? Aquí me aburro, á pesar de las muchas visitas que hago diariamente al templo de Baco. Si esta vida debe prolongarse, avísame y verás qué pronto presento mi dimisión.
—Voy á contestarte: Te he embutado ahí, porque el amo así lo ha dispuesto. Tu misión era de confianza; pero ya toca á su fin.
—¿Qué suerte!
—¿Has cumplido religiosamente mis instrucciones?
—Lo mejor que he podido.
—¿Te has dado cuenta exacta, hasta en sus menores detalles, de la topografía del taller?
—A ojos cerrados.
—¿Podrías designar desde fuera el sitio más á propósito para descollarse, una vez escalado el muro?
—Perfectamente. He hecho una señal con carbón sobre la pared, en un sitio donde una pila de madera facilitará la bajada.
—¿La choza del capataz jefe?
—Está situada en el centro del establecimiento. En caso necesario, con dos clavos aguzados y engrasados, con la cabeza forrada con estopa, se podría condenar la puerta por fuera sin hacer el menor ruido.
—¿La covacha del perro?
—Cerca de la choza del capataz. Ese sí que no admite bromas. ¡Maldito cancerbero, y qué dientes enseña!

—¿Has encontrado manera de domesticarlo un poco? ¿Se familiariza contigo?
—¡Conmigo, no; pero sí con la golosina que le doy.
—¡Luego come sin desconfianza ninguna?
—Con el mayor gusto. Cuando me ve llegar gruñe; le tiro una salchicha, la atrapa al vuelo, se la traga como si fuese una píldora, se relame y vuelve á gruñir, con lo que me da una prueba inequívoca de su ingratitud. ¡Ya me he gastado con él un dinerón!

—Serás indemnizado.
—Es que ya no tengo un céntimo.
—Toma estos veinte francos á cuenta de mayor cantidad.
—¿He de comprar más salchicha?
—Es inútil. La de esta noche será la última, y esa me encargo yo de ella.
—Comprendido.
El de la blusa sacó del bolsillo una bola de carne cuidadosamente envuelta.

—¡Castigo justo á su ingratitud!—repuso Gobert extendiendo su mano hacia la bolita envenenada.—Pero esto, ¿no ofrecerá inconveniente para la continuación de la cosa?
—Ninguno.
—Generalmente, cuando un perro sano muere repentinamente da que sospechar, y se redoblan las precauciones y la vigilancia.
—En regla general sí, tienes razón, hijo mío—replicó el de la blusa—pero «Plutón» no morirá repentinamente. La preparación

está bien calculada; el dogo no reventará hasta la noche del 14 al 15.
—¡Demonio, la operación está combinada por mano maestra!—exclamó Gobert. —Dentro de diez minutos el señor «Plutón» será servido.
—Ahora—repuso el de la blusa—vas á salir del almacén, donde tu presencia será inútil en adelante, y podría acarreararnos algún compromiso.
—En cuanto entre pido mi cuenta, reclamo lo que se me debe y me largo.
—Buena idea para que mañana digan: «Es el bribón de Gobert el que ha regalado á «Plutón» un biftec con arsénico», y no se equivocarian.
—¿Pues qué voy á decir?
—Es bien sencillo; es preciso que des lugar á que te despidan.
—Basta; el capataz jefe no me mira con buenos ojos, y con el menor motivo me enviará á todos los diablos.
—Sí; pero antes de que te despidas no te olvides de la cena de «Plutón».
—No hay cuidado; y ahora, ¿la con-signa?...
—Esta noche á las once, al bulevar de Clichy: «el amo» quiere hablarte.
—Seré puntual; hasta la noche.
Gobert apuró la botella, salió de la taberna, y sin apresurarse tomó el camino del almacén.
El capataz estaba de pie en el dintel de la puerta que daba al muelle.
En el momento en que el fingido obrero pasó por su lado le tocó en la espalda y le preguntó con voz firme, pero con calma:





